

ÍNDICE

ALMA EVELYN MARTÍNEZ	3
En la oscuridad	
Romance de la hechicera de Valles	
El pescador	
IVÁN ÁNGEL CHÁVEZ	7
Rastros urbanos	
FERNANDO AMAYA	11
Alta abuela Ignacia	
EUSEBIO VILLALOBOS	12
Auto-retrato con abuela	
ÓSCAR BASAVE	14
Juan El Bautista	
ILIANA GARMA	16
El trabajo (o dos poemas despiertos)	
DANIEL BARUC	20
En el cerro, las sombras	
TOMÁS SERRANO CORONADO	21
Las palabras no desdibujan	
RUFINA AMAYA	24
Testimonio de una masacre	
E. AÑORVE	28
La feria criolla de Chilpancingo	
JOSÉ MARÍA BRADOMÍN	32
Toponimia de Oaxaca	

Q

ue todo está imbricado es idea antigua y ha fundado filosofías poéticas [por si alguna no lo fuera o no te dieras cuenta, lector leído], y la realidad cotidiana actualiza sus implicaciones. No sólo en el sentido poético sino en cuestiones tan prácticas y pederestes como la que involucra al poderoso caballero que desde siempre ha sido y es y será [ya lo dijo antes un poeta extranjero de nombre Luis] el cabrón de Don Dinero. Y sólo por esa jodida carencia material el espíritu del Fandango 15 no ha levantado el vuelo al Valhalla ni ha descendido a los nueve infiernos que inventarió Dante-El-De-La-Eterna-Beatriz, sino hasta ahora, toda vez que a pesar de estar acompletado el material para su integración no ha sido posible imprimir la revista como los penates dioses mixtecos hubiesen querido. Aunque no se impone, se procede a una somera evaluación sobre esta actividad, la de publicar un revista que dé voz a los creadores costeños e involucrados en asuntos temáticos similares [casi-casi a todo mundo, aceptémoslo].

Más allá de la verborrera que antecede y la que procede, habrá que reconocer los beneficios de la terquedad que impele a la creación, pobre de dineros y rica en imaginierías o artimañas, fuerza que ha hecho posible la permanencia de esta revista, con todos los asegunes o vaivenes o bigbanes de lo vital, de lo creado e increado, que [no lo dijo un poeta cualquiera y sí un físico de bigote, de esos de inteligencia en ristre y amado por la abundante Marilyn aquella, la que era tan buena y todo el mundo la quería] pero se mueve para no destruirse ni crearse sino todo lo contrario y, también, para transformarse, imitando sin necesidad a Proteo, a Prometeo y a San Jasmeo, a una velocidad invariable. Es la razón primera de la existencia de Fandango. Bajas habemos. Éramos un chingo los involucrados y ahora somos menos: nos hemos enfrentado. Nuestras diferencias nos han diferido más. Fácil sería llamar a la unidad, pero las apariencias no unifican, como los llamados a misas laicas. Existen dos visiones de lo que debiera ser la línea editorial de Fandango y son irreductibles. Pero como la vida es una gran hija de la chingada, ha impuesto una regla, la de las moneditas de oro de don Dinero mentado: quien tenga para pagar la chamba, que la imprima. Y se sospecha que esa ha de ser la que prime. Valga reconocer que el contenido de Fandango se ha enriquecido con colaboraciones de creadores de Guerrero.

En fin, *eppur si mouve*. A fines de este año 2009, Fandango 15 publica poemas de Alma Evelyn Martínez, Iván Ángel Chávez, Fernando Amaya, Eusebio Villalobos, Óscar Basave e Iliana Garma, textos de Daniel Baruc y Tomás Serrano Coronado, el terrible testimonio de Rufina Amaya, un mini ensayo de e. añorve y dos palabras de José María Bradomín e imágenes de Betsi López O., motivo por el cual se sospecha que el lector ávido ha de alzar la literaria y bohemia copa para robarle inspiración a la tristeza y romper el impotente y profundo silencio que conlleva la ausencia de esta revista. Y así sucesivamente, en espera del siguiente número, que nunca se augura como el último sino como el futuro.

Fandango 15

DIRECTORIO

DIRECCIÓN: Nadia Alvarado Salas (Guerrero) y Fernando Amaya (Oaxaca).

CONSEJO EDITORIAL: Nadia Alvarado Salas, Fernando Amaya y Eduardo Añorve.

EDICIÓN Y DISEÑO: e. añorve.

ENLACES: Cd. de Oaxaca: Raúl Urrutia Chaires (01 951 51 22408) y Cristian Franco Rodríguez (01 951 51 61145). Pochutla: Fernando Ruiz Amaya (01 958 58 43192), Huatulco: Luis Rodríguez López (01 958 58 14400), Puerto Escondido: Silvia María Hernández (01 954 58 59141) y Libro Club Puerto Escondido (045 954 103 6604), Río Grande: Óscar López Colón (01 954 58 26215), Cuajinicuilapa: Eduardo Añorve (01 741 41 40041), Ometepec: Bibiano Coronado Cortés (01 741 41 21640), Acapulco: Nadia Alvarado Salas (01 744 48 73870), Chilapa: Rubén Darío Acosta Hilario (01 756 47 21640), Tampico: Lilia Velasco Pérez (01 833 2 132262) y DF: Amaranta Castillo (01 55 5597 4676).

IMPRESIÓN: s/d.

VENTAS Y PUBLICIDAD: Edmundo Ruiz Amaya.

FOTOGRAFÍA: Betsi López O.

FANDANGO, VOZ DE LOS PUEBLOS COSTEÑOS es una revista cultural independiente, de aparición espontánea. Los textos firmados son responsabilidad de su autor. Nº 15. Diciembre de 2009. Tiraje: 800 ejemplares.

CONTACTO: revistafandango@yahoo.com.mx. Teléfonos: 01 744 48 73870 y 01 958 58 43192.

<http://revistafandango.wordpress.com/>



ALMA EVELYN MARTÍNEZ

En la oscuridad

Hazme el amor a la media noche
Al abrigo de sombras nocturnas
Desnuda mi cuerpo y mi mente.

Tócame para conocerme...
Bésame para tenerme...

Apaga la luz de la razón y así
Sin prejuicios, sin intereses,
Búscame en la oscuridad del inconsciente.

Sin proyecciones, sin proyectos,
Con la táctil certeza de este momento,
En el pozo negro del deseo, tómame.

A tientas como un ciego...
A tientas como un loco...

Con caricias dibuja mi rostro,
Con tu boca recorre mi ser.
Enséñame a mirarte a ciegas.

Con los ojos cerrados déjame amarte,
En la oscuridad enséñame a ver...

Romance de la hechicera de Valles

No te resistas a mi poder, negro,
¿Qué podrás contra mi magia y mis encantos
Si mi madre, la diosa Mayaguel
Derramó en mí el don de la embriaguez?
Soy maguey, fina penca de agave
Destilando el néctar suave del amor serrano.

Guayabas peruleras son mis pechos,
Anonas maduras mis anhelos.
Soy carne dulce y blanda,
Sabor de nicoatole fresco.
Guardo en mí besos de nanche,
De limón real, de pitaya.

¿A dónde irás que no te encuentre, mulato,
Si soy hija de nube, hija de viento?
¿Qué haces allá tan lejos, prieto santo,
Pasando hambre y frío
Cuando yo ya me he bañado de rocío,
De agua de pozo y perfumado de heliotropo?

¿Qué haces allá, tan solo,
Si bajo la enramada de la copa de oro
En la hamaca cantando te espero?
Ven pa'ca, moreno hermoso,
Que si de noche mi calor no basta
Zarape de Teotitlán cubrirá tu cuerpo.

No tardes más, vuélvete a mí, costeño,
Que me he convertido en chocolate ardiente,
Aromado de albahaca,
Para que me bebas despacio,
Poco a poco, a sorbos lentos.

Nada podrás hacer para evitar amarme
Si nací en tierra de guerreros, de brujos.
Así que entrégame tu risa zarazona,
Tu humedad de mares.
No te resistas más, sé mío, sucumbe a mí,
Que soy la hechicera de los Valles.



El pescador

Un punto en medio del mar,
Un átomo perdido en el cosmos,
Inmerso de soledad, solo.
Sin nada, sin nadie,
Sin compañía ya del pensamiento,
Abandonado de sus miedos y deseos.

Atraído por sus cantos,
El pescador cae en redes de sirenas
Que con hilos de plata atan
Los sueños y su memoria.
Escucha la voz que reverbera,
El nombre eternamente musitado.
Un punto, sólo,
Una nota ínfima
De la eterna melodía.

IVÁN ÁNGEL CHÁVEZ

Rastros urbanos

A mi esposa

Porque también somos lo que hemos perdido
Iñárritu

En el principio fue el Verbo, la luz, la revelación del sueño;
y por el cauce de tus venas,
allí donde se funde la noche y el silencio,
salimos con el alba a poblarte de banderas,
a derramar la sabia por tus plazas, puertas y ventanas,
pero el metal mordió con odio la transparente carne de la tarde,
y se despeñó en el aire confundida y solitaria la palabra.
La sangre ardió feroz en tu garganta;
y de tu vientre de navajas, de madre furiosa y ultrajada,
brotaron tus hijos cargados de pólvora y metralla,
y se ahecharon a cuestras las heridas de tu historia;
desnudos los pies, las manos armadas;
y con sigilo aceptaron tu majestuoso cuerpo de caballo,
en sagrado pacto con la muerte y la esperanza.
Pacto amoroso de huesos calcinados, de huérfanos llantos,
y de ausencias que se anudan al filo del aliento,
en la desconcertante mirada del asombro,
y en la sólida respuesta de un húmedo y gélido silencio;
pacto de agrestes tierras incendiadas por el rayo y el bramido,
y de ciudades prohibidas por el luto cruel del último disparo,
y el heroico adiós de los desaparecidos.
Amoroso pacto de hombres que a fuerza de soñar dejaron de ser niños
para consumirse en el ardiente y el vital canto de la guerra;
hombres verdes, firmes cocoteros, niños de fusiles viejos
pero de incorruptibles sueños; hambrientos como perros callejeros,
sobrevivientes del último crimen colectivo.
Hijos dolorosos del martirio;
guerrilleros con sombrero de petate y de rojos pañuelos
coronando todos los delirios,
ceremoniosos y egregios danzantes de obsidiana,
guerreros imbatibles,
escurridizos jaguares de montaña,
perpetuos fantasmas de la noche urbana,

soles desterrados por caciques y gobernantes criminales;
padres que me habitan, compañeros que no olvido,
heraldos que aún espero para volver al campo de batalla.
¿Dónde quedaron sus huesos, dónde sus piernas y sus manos?
¿en qué clandestina cárcel del ejército?,
¿en qué maldita tumba de Puente Campuzano?
y a tí Tania: ¿en qué lugar dejaron tu cadáver desnudo y ultrajado
de hermosa niña combatiente?
y tú, Jacob Nájera: ¿Cuál fue el camino de tu cielo, que junto al tuyo,
Victoria Hernández, me hacen llorar con los ojos de la muerte?.
Y a ti; Floriberto Clavel, hermano, ¿en qué agitado mar dejaron de
soñar tus espumas,
y que sólo nos dejó tu nombre para gritarlo
entre la multitud enardecida por tu desaparición forzada?; ¿en qué profundidad de
peces, de arena y de rocas yace tu último y poderoso aliento revolucionario?.
Y me pregunto con espanto: ¿en qué sórdido e innombrable cementerio
recluyeron tus restos, Carlos Díaz, y el tuyo, Luis Armando Cabañas;
y los de todos cuantos no he nombrado:
larga e infamante lista de crueldades que como un estigma maldito
nos recuerda al cacique de Huitzucó y a su estirpe de matones;
a sus genocidas de botas militares, y a los de traje de burócratas corruptos?.
Mala sangre de cobardes que le tuvieron miedo a las palabras
y que obligaron al diálogo sordo de las armas;
al feroz combate de un puñado de fusiles
que con desesperación iluminada sitiaron la sed del árbol libertario,
de una patria vejada por la codicia y la ignominia,
aún al precio de sus vidas y la injusticia del olvido.

Ayer las matanzas sucesivas,
después la sierra: altas, frías y húmedas montañas;
verdes bosques resguardando los fusiles al amparo de la niebla,
violenta justicia milenaria,
corazón del indio que no canta si no es con sangre y fuego;
danza vigorosa que desciende al centro mismo de la Tierra,
rugoso sabino escondiendo tras su tallo a un guerrillero,
sombroso bogote donde un gaucho no quiere caer muerto,
roca cincelada por el tiempo y la metralla,
fusil que rompe su dormido silencio, viento que habla con sus muertos;
miliciano de palabras cortas, de amargas verdades y sentencias
implacables; bruñida escultura de firme brazo en lo alto
dirigiendo a su ejército entre el monte,
columna de acero, surtidor de rebeliones encarnadas en el cielo:
¡Genaro Vázquez!: Padre, Abuelo, Amigo; los que te conocimos, los que te
supimos ayer, sabemos que hoy tu causa está poblada de traidores:
que ya nadie habla con la tierra ni salta al abismo de sus aguas,
que ya nadie recuerda el llanto de la madre por su hijo asesinado,
que ya nadie recuerda a Lucio Cabañas y a Rubén Jaramillo,
y menos aún al combatiente anónimo caído;
toda ella solar sangre derramada en el campo y la ciudad,
hiedra que brota en los muros de sólida cantera



sobre los que no termina de nacer la patria,
muros que son la desvergüenza de políticos venales
apoltronados sin recato en el festín de nuestra prostituida democracia;
oficiantes sin memorias, cínicos que ríen sobre el dolor de nuestros
muertos, de su sacrificio heroico,
y de su verdad que a penas surge a golpe de lluvias torrenciales:
sagrada utopía nunca derrotada.
Revelada traición a los principios éticos y humanos
Que dieron causa y sentido a nuestra Guerra;
charlantes de oficina, tribunos de sofismas,
religiosos mercaderes de la cuenta pública,
la única memoria que los tilda es el repudio y la deshonra.

Ayer fue el crimen selectivo, la persecución y la cárcel clandestina,
el camino a la muerte subterránea,
al monstruoso lenguaje de la brigada blanca:
sicarios con sangre de serpiente,
moderna inquisición de tierra arrasada,
torturadores siniestros que pese a todo nunca nos callaron.

Lo lamento. Pero de ésta púrpura lluvia está bañada nuestra historia,
y de sus ríos ha nacido la voz que la desmemoria olvida con vergüenza,
lágrimas de una tierra árida,
pies desnudos que caminan sin sosiego, sobre el polvo calcinante,
antigua roca que se cansa de tener a Prometeo encadenado,
mar que muere de tristeza,
hombres que nunca han sabido amar el fuego de su carne.

IVÁN ÁNGEL CHÁVEZ



FERNANDO AMAYA

Alta abuela Ignacia

Huelo en esta noche a tamo de maíz, Ignacia.
Se me pegó ese olor campesino allá en la estancia del Jordán, ¿recuerdas?
La noche, azul, estrellada. La paz del almendro, el maná de nuestra pobreza. Ignacia.
Y tu alma incrustando en la mía, las cuentas de oro que me permiten sobrevivirte.
Gracias, alta abuela Ignacia, por el rumor de tus ojos que hoy bajan a mirarme desde el infinito.
Y me acarician con una dulzura de grillos al canto.
Ahora entiendo tu silencio,
Que solo es una prolongación de aquellas jornadas
Donde nos enseñaste a vencer la fatiga
Con un poco más de esfuerzo.
Ahora vuelves cerniendo
Las barcinas que teje el recuerdo,
Y yo, que huelo a tamo de maíz,
Celebro contigo
Esta forma de sobrevivencia.

EUSEBIO VILLALOBOS

Autorretrato con abuela (Homenaje poético y musical a la mar)

Diáspora

I

De morena piel
Con los cabellos en espiral de caracola
De mirada inabarcable
Como su abrazo
Que aún a la cuenta de estos días
No acaba

Con el tesón infinito
Inagotable de su gente
Herederera de la magia
El canto
Y el encanto de tambores
De buena madera
Y cueros resistentes
Hoy canto a la abuela muerta
A la que no conocí más que en retrato
A la abuela negra
De nombre que no muere:
Luisa Alvarado

Fuego dentro de mis venas
La sangre negra enciende abuela
Sangre que baña estas notas
Que llegaran a ti con la marea
Fuego dentro
En el ritmo del corazón
Sonando

Con tambores que desnudan el alma
Tambores que se empeñan en dispersar
La magia
El canto
Y el encanto
De tu sangre
en el color de mi piel

*La sangre negra que dentro dentro de mis abuelos corrió
rompe cadenas, libera mi alma y me desnuda en tambor*

II

El hallazgo de un mar
Poblado de estrellas
Y donde habita la luna
Al final de las horas
De un viaje de incierto itinerario
Es ya encontrarse con la paz reconfortante

En el día de San Miguel de 1513
Vasco Núñez de Balboa
Descubrió para los españoles
Una de las orillas
Del inmenso mar
Que baña las costas en que vivo

Armarse de valor
Para emprender la expedición
Ha de haber sido fácil
Lo difícil:
Ser el esclavo
Que cargara sobre sus hombros
Las incontables piezas
Del galeón que navegara
Por primera vez
Las costas por descubrir

Yemayá y la Virgen Santísima juntos
La rosa de los viento marcó el rumbo
La dura faena
Mejor ni imaginarla
Lo importante
Fue que llegaron con su voz
Gente de mar
Morena la piel
Negra de noche infinita
Gente de mar
Que llegó con el español
Un buen día de San Miguel
A las costas de este siempre mal nombrado:
Pacífico Mar.

ÓSCAR BASAVE

Juan El Bautista

Ya no fue la cabeza de Juan
la que se ofreció en el banquete
No
Ahora fue el propio Bautista
Que bailó frente a los ojos de todas las Salomé

-Príapo ante miles de Astarté,
que alargaban sus manos
para tocarle-

Dedos que solazan
En el enervante redondel
de la espalda, pecho y celo

Yemas y palmas ágiles
De mujer en chippendale.



ILEANA GARMA

El trabajo (o dos poemas despiertos)

I

Yo no sé qué es la poesía
 sé que el mar gira alrededor de grandes ciudades
 de hombres que se arremolinan ante espejos
 tratando de encontrar la verdad de sus nombres
 El mar gesticula alrededor de malecones sucios
 muerde a las blancas gaviotas
 Como un desesperado animal
 el mar gesticula
 El mar gira alrededor de las bicicletas
 de los chicos que cargan con paquetes
 de los viejos que ya no pueden fumar
 y pasan las tardes en cama mirando al techo
 Y no está solo

No sé qué es la poesía
 sé que el viento aúlla en los vacíos balcones
 en el muchacho perdido en el dos por dos de su cuarto
 El viento desgarrá con sus dientecillos de cal
 los hábitos del vagabundo
 le hace girar la cabeza
 para mirar a la niña que cruza la calle
 con una botella de licor bajo el brazo
 El viento revuelve la tristeza
 confunde
 como nos confunde un padre que bendice
 y nos hace odiar a los no confesos de la noche

No sé qué es la poesía
 sé que el viento no está solo
 La oscuridad rodea grandes ciudades
 cantinas donde dos hombres salen a conocerse los puños
 para terminar rozando la ansiedad como un cigarrillo que se acaba
 y llorar juntos

La oscuridad persigue a la señora que ha tendido una camisa en el patio
y se muerde los labios antes de entrar a casa
La oscuridad husmea en las oficinas desiertas
como un niño al que se le ha muerto la madre
y necesita un pedazo de pan
o un brazo
La oscuridad se arrastra sobre los adornos de quince años
las fotografías
para nublar nuestros ojos ante ellas
para empujarnos al pozo
y no está sola
La oscuridad no lo está

Yo no sé lo qué es la poesía
pero la lluvia
¿no rodea los campos?
¿los árboles solitarios que envejecen
los senderos perdidos en el sur?
¿Acaso la lluvia no rodea las papelerías
los grises mapas de las papelerías?
La lluvia rodea grandes ciudades
la soledad de los hombres de grandes ciudades
los grandes acompañados por el humo
por chaquetas de piel
por automóviles de lujo
La lluvia rodea a los que venden pulseras o plátanos
y no está sola
La lluvia no lo está

Yo no sé lo qué es la poesía
y la luz rodea grandes ciudades
tomates que se pudren en carretillas de mercado
al hombre detenido para secarse la frente
antes de seguir recogiendo tomates
La luz persigue a las niñas de falda
para devorarles las piernas hasta la negrura
La luz en una rápida zorra
que en los días oscuros nos ciega de claridad
que en los días claros nos abandona
Y no está sola

Yo no sé
qué es la poesía
Me duelen los ovarios
quiero descansar quiero irme
pero recibo las caricias del mar
del mar
el viento del viento
la oscuridad de la oscuridad
la lluvia de la lluvia
la luz de la luz
y estoy aquí
Eso sé

ILEANA GARMA

Zandango 15



Zandango 15

DANIEL BARUC

En el cerro, las sombras

Nicáury se negó rotundamente cuando Orestes le arrimó la escopeta y le dijo que venadeara a Lisandro.

Años después en lo oscuro de su celda recordaría ese momento con tal fidelidad, que hasta pudo sentir el tufo de aguardiente con que su compadre le había llovizado el rostro.

-¿No que tan hombrecito? -le recriminó Orestes, mientras hacía un esfuerzo sobrehumano para mantenerse de pie después de estar todo el día tomando mezcal en la cantina. Miró a Nicáury con desprecio, escupió de lado como solía hacerlo, se rascó detrás de la oreja derecha con una uñas largas y sucias que parecían garras, y volvió a clavar sus ojos de buitres sobre su compadre, sobre su rostro cenizo a la luz del atardecer.

-Sí, pero precisamente porque soy un hombre no me gusta matar a nadie por la espalda -contestó Nicáury sintiendo que las piernas empezaban a temblarle.

Él nunca había sido muy valiente y no le gustaba meterse en problemas. Si le había confesado a Orestes lo que vio por la ventana, sobre el piso de la sala de su propio rancho, cuando fue a devolverle el zapapico que le había prestado, fue porque Orestes era su compadre, y le dolía que la comadre le estuviera poniendo los cuernos con aquel miserable gañán. Es cierto que Orestes le ganaba a la mujer como por treinta años, pero eso no le daba derecho a engañarlo. En todo caso debió dejarlo y ya.

- ¡Ah qué delicado me salió mi compadre! -dijo Orestes tambaleándose de nuevo-. Si yo no estuviera tan mareado, júrelo que ya ese cabrón estaría haciendo fila en la puerta del infierno. Un plomazo es la misma vaina, por detrás o por delante, compadre.

Orestes supo que si quería que algo pasara tendría que hacerlo él mismo. Levantó el arma y localizó a Lisandro en la distancia, sobre su caballo, allá abajo, en el camino solitario. Venía de su rancho, seguido de uno de sus peones, y como siempre llevaba la camisa abierta a la altura del pecho y una pistola a la cintura, enorme y con cache de nácar. Ella era su acompañante fiel, y Orestes sabía que estaba fría como una

serpiente, pues cuando le gritó a Lisandro que lo mataría por haberse metido con su esposa, Lisandro se la puso en medio de la frente y diciendo -¡BAM... estás muerto viejo!

-soltó la risotada.

Después lo empujó y él se quedó tirado, no tanto porque le quedaran ganas de levantarse y partirle su madre a aquel galán de pacotilla, sino porque la borrachera que traía se lo impidió.

Fue Nicáury, como siempre, quien vino en su auxilio.

-Deje eso así, compadre, ninguna mujer fácil merece que dos hombres se maten por ella -le dijo, mientras le ayudaba a levantarse del polvo del camino.

Ahora que Orestes lo tenía en la mira de su escopeta, lamentaba no haber sabido antes, que matar a un cabrón era la cosa más fácil de la tierra.

Sin embargo, esperó el momento preciso. Lo que siguió fue confuso. La luz última del día incendiando la boca metálica de la escopeta. La recámara dando vuelta en el forcejeo y acomodando la semilla de la muerte en el lugar preciso. La silueta de dos hombres forcejeando en el cerro vista por otro hombre que abajo, en el camino real, viajaba en su caballo, y escuchó el sonido seco de un disparo antes de sentirse extrañamente cansado y derrumbarse de su caballo, sin llegar a entender a ciencia cierta qué había pasado. Otro, arriba en el cerro, derrumbándose, mirando el cielo alto y vacío, volviéndose violeta y sintiendo que algo no iba muy bien. Tocándose el lugar donde le dolía el vientre, mirándose las manos manchadas con su propia sangre y viendo estupefacto al otro que se había quedado con la escopeta y no sabía qué hacer con ella.

-Eso no se hace, compadre, chingados, eso no se hace -dijo antes de quedarse con los ojos fijos en la inmensidad del cielo que cobijaba el cerro.

No pudo ver al peón que subía las laderas a toda prisa, con su arma en la mano, después de constatar la muerte de su jefe, ni a su propia mujer, Matilde, que a esas horas se daba un baño de rosas tiernas y se afeitaba el pubis para recibir a Lisandro, que la traía de vuelta y media, atolondrada como una quinceañera.

TOMÁS SERRANO CORONADO

Las palabras no desniñan

Niña, cuando yo muera,
no llores junto a mi tumba,
canta sones alegres,
cántame La Sandunga.
No me llores, no,
no me llores, no,
porque si lloras yo peno,
en cambio si tú me cantas
yo siempre vivo
y nunca muero.

Los dobles de las campanas de la iglesia vinieron a romper el sopor de aquella tarde. Nadie se preguntó quién sería el muerto, ya todos lo sabían.

-¡Ah, chingau! -soltó Tía Julieta. -¡Se jodieron mis cuatro pesos!

La vieja tamalera se lamentaba por la deuda que dejaba pendiente la difunta, y que nadie seguramente iba a saldar.

-¿Y esas pendejadas de Plácida? -se preguntó en voz alta Tío Moche, uno de sus tantos compañeros de parrandas, a quien los repiques sorprendieron mientras se empinaba un marrazo de chimisco en la cantina de Romelia Alarcón.

Salvo los parientes más cercanos, nadie en el pueblo parecía tener conciencia de aquella muerte, más bien creíamos que se trataba de una de esas bromas tan comunes de Tía Plácida, la vieja deslenguada que siempre nos desarmaba con sus desplantes y ocurrencias por demás irreverentes y obscenas.

El día que me cargue el Diablo, tóquenme El son de la vaca y La Chilena de la Casimira. Soy pendeja si no me paro a bailar, les decía a sus hijos cada vez que se echaba un trago entre pecho y espalda. ¡Ah, y cuidadito y me ponen esas velas y santos!, ya saben que yo no creo en esas pendejadas.

No sé cuántos años habrá tenido cuando se murió, pero no cabe duda de que a aquella mujer no hubo pena que le quitara el hambre o las ganas de vivir.

¡Yo me voy a morir cuando se me dé la gana! ¡Pinche vida, ni que valiera tanto!, decía y acompañaba las palabras con gestos y ademanes obscenos, para luego soltar una sarta de versos que

no sólo escandalizaban a las mojigatas:

¡Ay, Dios con su gran poder
al mundo hizo de la nada
y a las mujeres les puso
en el medio una rajada,
se las acomodó tan bien
que no les estorba nada!

Y estallaba en sonoras carcajadas, mostrándonos la caverna de dientes amarillos -galardón que le habían dejado los tantos años de fumar tabaco de punta liado con sus callosas manos y humedecido con saliva- y sus encías moradas a todos los chiquillos que la seguíamos por las barrancas del pueblo, pidiéndole más versos. Su respuesta era la misma:

-¿De cuáles versos quieren, de amor o de desprecio? -y le daba rienda suelta a su inspiración.

Muchos años tuvieron que pasar para desentrañar el enigma que encerraban algunos de sus versos, por lo nada común de las palabras y porque su verdadero sentido se entiende sólo viéndolo escrito. Todavía ahora me pregunto si ella misma, iletrada como era, entendía lo que decía o lo festejaba sin más ni más:

Dime, mujer, ¿qué merece
aquel que con tanto esmero
muestra su amor verdadero

en cuantos casos se ofrece?

Es posible que así fuese
la prenda correspondida.

Con gusto daría la vida
uniéndome a tus excesos
lo que en el margen expreso
os pido, prenda querida.

Yo la conocí ya vieja, pero sus contemporáneos que le sobrevivieron contaban miles de aventuras, una más jocosa que la otra. De su primer marido había tenido cinco hijos, y, como dice el dicho: *hijo de tigre, rayado*, Tío Filadelfo salió parecido a ella. Una vez viuda, Tía Plácida abrazó con gusto el oficio que a esa categoría de mujeres le atribuye la buena tradición costeña: el de cantinera. Y así como a una mujer de marido le está prohibido todo, una viuda está por encima del mal. De modo que la Tía Plácida, relaja por naturaleza, con la viudez acabó sintiéndose como la tortuga en l'agua.

Ya en sus años macizos, estuvo amancebada con el Tío Jonás, un arriero que había bajado de la montaña detrás de una recua de mulas, y se dedicaba a comprar pieles en la Costa y a venderlas en la Mixteca. Hijo de las partes altas de la región, poseía un carácter sosegado y taciturno. ¿Qué pudo unir a personajes tan disímbolos? ¡Sólo Dios!

Quiso el Diablo, que en todo mete la cola, que hubiera un baile en el pueblo, y así como el epazote está en los buenos frijoles, la Tía Plácida no faltó. Esperó con paciencia a que se fuera toda la muchachada. Sólo entonces levantó su mesilla, guardó los garrafones de aguardiente, agarró su rebozo y lió un puro. A aquel fandango había ido también Tío Bonifacio Melo, un costeño pelado y de gusto -valga aquí la redundancia- al que la vieja llamaba, no sin cierta malicia, Juachímamelo. Se juntaban, pues, lo que en la Costa se dice el culo con el olote.

-Arajo, Juachímamelo, echo a de ver que si quisieras me sacabas esta comezón que cargo-, lo provocó Tía Plácida, sonsacándolo a bailar con ella.

Ni tardo ni perezoso, aquel viejo les pidió a los músicos que se aventaran El son de la vaca, el favorito de ambos personajes.

Al calor del desafinado saxofón, Tío Juacho investía a Tía Plácida con los brazos por delante a manera de cuernos. Ella, por su parte, agarrando el rebozo por las puntas, intentaba manganarlo. Al golpe de la tambora, y entre grito y grito, el viejo paró las patas y sólo entonces se detuvo la música.

Todavía resoplaba de gusto aquella vieja, cuando vino a dar Tío Jonás, quien incitado por su entonado, el Tío Filadelfo, llevaba una media de aguardiente en una mano y en la otra el chirrión de las mulas. Tenía todas las intenciones de azotar a su querida, sabedor de que contaba con la aprobación del hijo, único ofendido con el comportamiento de la mujer. Sin embargo, antes de que lo intentara, Tía Plácida, adelantándosele, lo paró en seco improvisando estos versos:

A este mixteco pendejo
voy a darle una lección.
Quiere que mi corazón
se calme porque está viejo.
No sabe, el gran recabrón,
que si él ya se siente añejo
que agarre sus trapos nejos
y se entierre en el cajón.

Nadie vio en qué momento el arriero juntó sus bártulos para abandonar el pueblo, lo cierto es que nunca más se supo nada de él por aquellos rumbos de la Costa. Otra vez sin un hombre que le jalara la rienda, Tía Plácida siguió dándole vuelo a la hilacha, improvisando versos para cada ocasión. Estos eran algunos de los que más repetía en los últimos tiempos:

El día que Plácida muera
le borran su sepultura.
Entonces han de bailar
niñas, solteras y viudas.
Ya verán si no es verdad
lo que esta vieja asegura.

A los hombres de su familia les había impuesto que echaran toda la carga de pistolas y escopetas en el momento de su sepelio; a las mujeres, que bailaran sones y chilenas sobre su tumba hasta aplanar el montón de tierra .

Cuando me vaya al infierno,
entre más pronto mejor,
quiero música y fandango,
y que reviente el cohete,
que lo mejor de este mundo
esta vieja ya gozó.

Contaban también los viejos del pueblo que en cierta ocasión se festejaban los quince años de la hija de una persignada del pueblo, una de esas come santo y caga diablo que nunca faltan. Entre los asistentes a la fiesta, se contaba Tía Plácida, que en un rincón aparte divertía con sus puntadas a todo el que quería oírlo. Cuando los chiles, de por sí colorados, empezaron a subir de tono, la dueña de la casa se sintió en el deber de reprender a la causante de tanto escándalo.

-¡Tía Plácida, por el amor de Dios, amárrese esa trompa! ¿No ve que en esta fiesta hay muchas señoritas? -dijo la buena mujer, creyendo apaciguar los ánimos.

Y cuando todos esperaban que la vieja desbocada se disculpara, ésta respondió airada:

-¡No seas pendeja, mujer! ¡No las cuides de mi trompa, cuídalas de las braguetas! ¡Las palabras no desniñan!

Y visiblemente enfurecida, Tía Plácida no prestó atención a

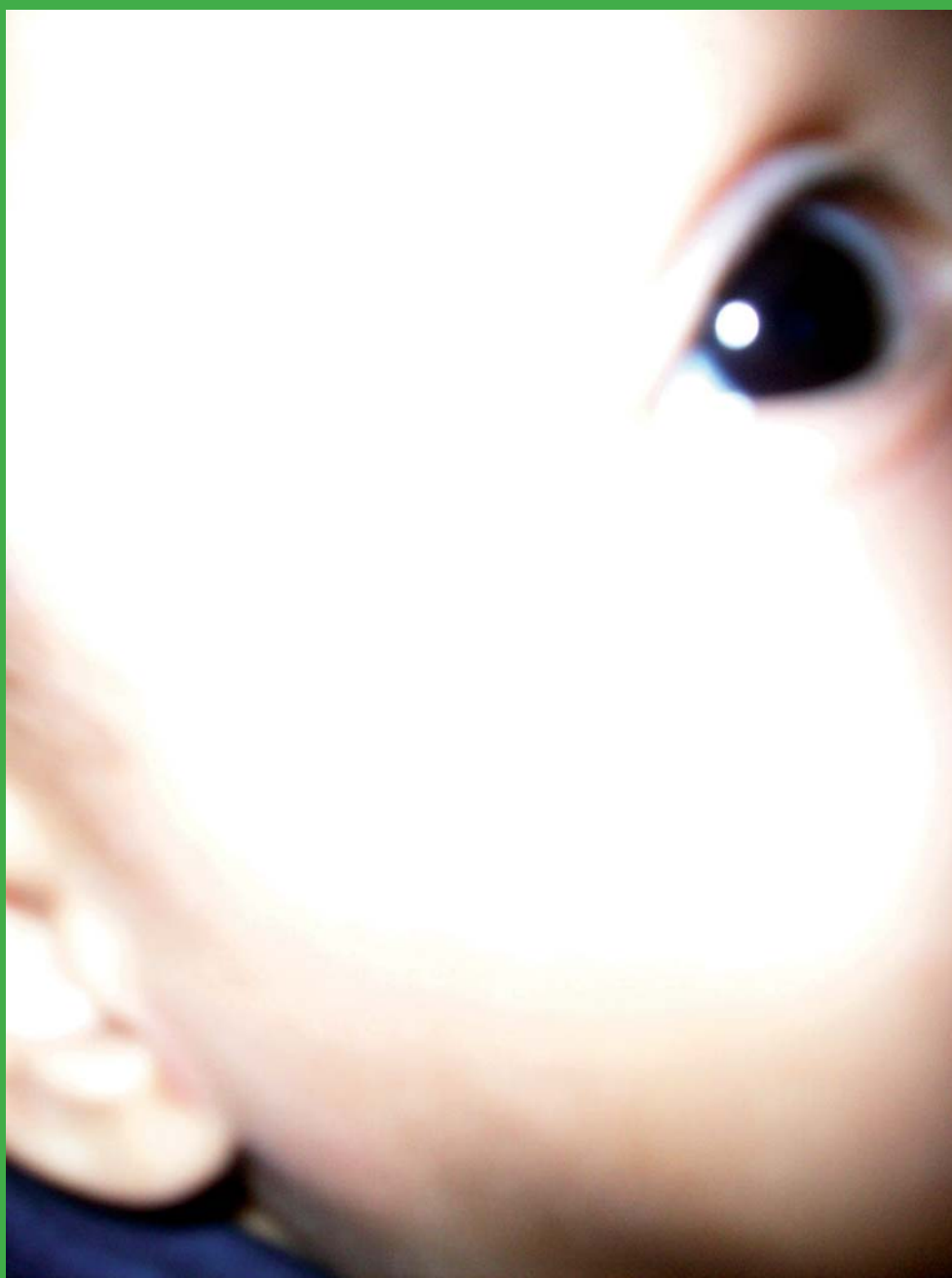
sus compañeros de parranda que en vano intentaban detenerla entre explosiones de risa. Así que emprendió el camino de la cuestabajo, no sin antes echar al aire estos versos por demás alusivos:

Ya mi amor anda de baja,
lo digo por un asunto,
lo digo por una alhaja
que anda sosteniendo el punto:
Se espantan con la mortaja
y se abrazan del difunto.

Y contagiada de su propia inspiración, remató con estos otros:

Ya me voy, ya me despido
con sentimiento y dolor;
voy a darle vuelta al mundo
y a vacilar con mi amor.

Ésta había sido, pues, la mujer cuya muerte anunciaban ahora las campanas. Amigos, parientes y vecinos bailaron y bebieron echando versos en el velorio: el mejor homenaje que pudo merecer una mujer como aquélla. Nunca en el pueblo hubo un funeral más alegre. Con música de sones y chilenas bailaron sobre su tumba las mujeres y descargaron sus armas los hombres. Y así fue cómo enterramos a la que fuera, hasta el final de sus días, una costeña de gusto, amante de la buena música y de las malas palabras.



Francobordo

Rufina Amaya Testimonio de una masacre

Me llamo Rufina Amaya, nací en el cantón La Guacamaya del caserío El Mozote. El once de diciembre del año 1981 llegó una gran cantidad de soldados del ejército. Entraron como a las seis de la tarde y nos encerraron. A otros los sacaron de las casas y los tendieron en las calles boca abajo, incluso a los niños, y les quitaron todo: los collares, el dinero. A las siete de la noche nos volvieron a sacar y comenzaron a matar a algunas personas. A las cinco de la mañana pusieron en la plaza una fila de mujeres y otra de hombres, frente a la casa de Alfredo Márquez. Así nos tuvieron en la calle hasta las siete. Los niños lloraban de hambre y de frío, porque no andábamos con qué cobijarnos.

Yo estaba en la fila con mis cuatro hijos. El niño más grande tenía nueve años, la Lolita tenía cinco, la otra tres y la pequeña tan sólo ocho meses. Nosotros llorábamos junto a ellos. A las siete de la mañana aterrizó un helicóptero frente a la casa de Alfredo Márquez. Del helicóptero se apearon un montón de soldados y entraron donde estábamos nosotros. Traían unos cuchillos de dos filos, y nos señalaban con los fusiles. Entonces encerraron en la ermita a los hombres. Nosotros decíamos que tal vez no nos iban a matar. Como la ermita estaba enfrente, a través de

la ventana veíamos lo que estaban haciendo con los hombres. Ya eran las diez de la mañana. Los tenían maniatados y vendados y se paraban sobre ellos; a algunos ya los habían matado. A esos los descabezaban y los tiraban al convento. A las doce del mediodía, terminaron de matar a todos los hombres y fueron a sacar a las muchachas para llevárselas a los cerros. Las madres lloraban y gritaban que no les quitaran a sus hijas, pero las botaban a culatazos. A los niños que lloraban más duro y que hacían más bulla eran los que primero sacaban y ya no regresaban.

A las cinco de la tarde me sacaron a mí junto a un grupo de 22 mujeres. Yo me quedé la última de la fila. Aún le daba el pecho a mi niña. Me la quitaron de los brazos. Cuando llegamos a la casa de Israel Márquez, pude ver la montaña de muertos que estaban ametrallando. Las demás mujeres se agarraban unas a otras para gritar y llorar. Yo me arrodillé acordándome de mis cuatro niños. En ese momento di media vuelta, me tiré y me metí detrás de un palito de manzana. Con el dedo agachaba la rama para que no se me miraran los pies.

Los soldados terminaron de matar a ese grupo

de mujeres sin darse cuenta de que yo me había escondido y se fueron a traer otro grupo. Hacia las siete de la noche acabaron de matar a las mujeres. Dijeron “ya terminamos” y se sentaron en la calle casi a mis pies. “Ya terminamos con los viejos y las viejas, ahora sólo hay esa gran cantidad de niños que han quedado encerrados. Allí hay niños bien bonitos, no sabemos qué vamos a hacer”. Otro soldado respondió: “La orden que traemos es que de esta gente no vamos a dejar a nadie porque son colaboradores de la guerrilla, pero yo no quisiera matar niños”.

“Si ya terminaron de matar a la gente vieja, vayan a ponerles fuego”. Pasaron los soldados ya con el matate de tusa de maíz y una candela prendida, y le pusieron fuego a las casas donde estaban los muertos. Las llamas se acercaban al arbolito donde yo estaba, y me asustaban las bolas de fuego. Tenía que salir. Se oía el llanto de un niño dentro de la fogata, porque a esa hora ya habían comenzado a matar a los niños. “Andá ve, que a ese hijueputa no lo has matado”. Al ratito se oyeron los balazos.

Escuché que los soldados comentaban que eran del batallón Atlacatl. Yo conocía a algunos de ellos porque eran del lugar. Uno era hijo de Don Benjamín, que era evangélico. A Don Benjamín también lo mataron. En esa casa había más de quince muertos. Seguro que el muchacho vio cuando lo mataban, porque ahí andaba él, y también otro al que le decían Nilo.

“Mirá, aquí habían brujas y pueden salir del fuego”. Uno de ellos se me sentaba casi a los pies. Yo del miedo no respiraba. Podía escuchar su conversación: “Hemos terminado de matar toda esta gente y mañana vamos a La Joya, Cerro Pando...”.

Cerca de la una de la mañana uno dijo: “Vamos a comer algo a la tienda”, y escuché los ruidos de botellas. Yo no tenía más salida que para allá, porque hacia acá estaba lleno de soldados. Era un poco difícil salir. Estuve como una hora pensando para dónde me podía escapar.

Como a los animales les gusta la luz y allí había bastante ganado, unos terneros y unos perros se acercaron al fuego. Yo le pedí a Dios que me diera ideas para ver cómo iba a salir de allí. Me amarré el vestido, que era medio blanco, y fui gateando por medio de las patas de los animales hasta el otro lado de la calle, que era un manzanal. Me tiré a rastras bajo el alambrado, así como un chucho, y quedé sentada del otro lado a ver si oía disparos, pero no se escucharon. Sólo se oía gritar a los niños que estaban matando. Los niños decían: “¡Mama nos están matando, mama nos están ahorcando, mama nos están metiendo el cuchillo!” Yo tenía ganas de tirarme de vuelta a la calle, de regreso por mis hijos, porque conocía los gritos de mis niños. Después reflexionaba, pensaba que me iban a matar a mí también. Me dije: “será que tienen miedo y por eso lloran. Tal vez no los vayan a matar, tal vez se los

lleven y algún día los vuelva a ver”. Como uno no sabe lo que es la guerra, yo pensaba que quizás los podría ver en otra parte.

“Dios mío, me he librado de aquí y si me tiro a morir no habrá quién cuente esta historia. No queda nadie más que yo”, me dije. Hice un esfuerzo por salir de ahí; me corrí más abajo por la orilla del manzanal, me arrastré, bajé del alambrado y me tiré a la calle. Ya no llevaba vestido, pues todo lo había roto, y me chorreaba la sangre. Bajé a un lomito pelado; entonces quizás vieron el bulto que se blanqueaba. Me hicieron una gran disparazón, y corrí a meterme en un hoyito. Allí me quedé hasta el siguiente día, porque eran ya las cuatro de la mañana. A las siete todavía se escuchaban los gritos de las muchachas en los cerros, pidiendo que no las mataran. A las ocho de la mañana vi marchar soldados del lado de Ojos de María, La Joya y Cerro Pando. Iban en grandes grupos. Yo pensaba en mi hoyito que me podían descubrir, porque estaba cerquita de la calle. Como cosa de las tres de la tarde, ellos subieron de regreso. Ya en La Joya y Cerro Pando se miraba una gran humazón. Todo humo negro. Yo estaba en medio y pedía a Dios que me diera valor para estar allí. A las cinco de la tarde los soldados treparon para arriba. Se llevaban los cerdos y las gallinas. Todo se lo llevaban. A las siete de la noche me dije: “Voy a salir a buscar un río”, porque tenía sed. Conocía bien ese lugar porque ahí me había criado. Y así escapé, cruzando las quebradas en lo oscuro y rompiendo el monte con la cabeza. Atravesé por casas en las que sólo había muertos. Llegué cerca del río como a las diez de la noche. Allí me quedé en una casita de zacate. Lloraba largamente por los cuatro hijos que había dejado.

Estuve ocho días en ese monte. Sólo bajaba a tomar un trago de agua a la orilla del río y me volvía a esconder.

Así estaba cuando una niña me encontró. Ella venía arrastrando un costalito y entonces escuché una voz que le decía “¡Apurate, Antonia!” porque ellas iban a traer el maíz a esa casita donde yo dormía. Pensé “Dios mío, aquí está la familia de Andrés”.

Entonces yo les salí al camino por donde iban a pasar y me senté para que me vieran, porque yo no tenía ganas de hablar. Ya me había puesto un suéter y un pantalón viejo que había hallado en una casa, porque me daba pena andar sin ropa. La niña le dijo “¡Mama, allí está la Rufina!”. Cuando me vieron, se asustaron. Ellos sabían que yo vivía en el mero Mozote. Y como habían visto la gran humazón, pensaron que todos estaban muertos. Entonces Matilde corre, me abraza, me agarra y me dijo: “Mire, ¿cómo fue Rufina? ¿Qué pasó donde nosotros? ¿Y mis hermanos?”. “Lo que yo le puedo decir es que a toditos los mataron”. Empezamos a



llorar juntas y ella me dijo: “Pues usted no se va a ir para ninguna parte. Se queda con nosotros”. Las dos llorando, pues yo no podía decirle más ni ella a mí. “Vamos a mi cueva junto a la quebrada”, me dijo. Me llevaron a bracete porque yo tenía siete días sin comer ni beber nada. Cuando llegamos a la cueva donde se habían escondido, vi una mujer bien maciza que lloraba a gritos porque a sus hijos también los habían matado. Toda la tarde lloré con esa familia.

Como a los quince días me tomaron una entrevista; me fueron a buscar al lugar en donde estaba, porque se dieron cuenta que yo había salido. No puedo decir quiénes eran, pues yo no entendía en ese momento, pero eran personas internacionales. Después de que me tomaron esa entrevista fuimos a El Mozote para ver si yo veía a mis hijos. Vimos las cabezas y los cadáveres quemados. No se reconocían. El convento estaba lleno de muertos. Quería hallar a mis niños y sólo encontré las camisas todas quemadas.

Después nos fuimos para Arambala y allí estuvimos con una familia hasta que casi un año después, en el 82, marché para los campamentos del refugio en Colomoncagua, donde se encontraba más gente que andaba huyendo. Al principio no comía ni bebía. Me daban jugos de naranja a la fuerza, porque yo pasaba el día llorando por mis niños. Yo había quedado sola, pues a mis hijos me los habían matado y a mi compañero de vida también.

Hasta entonces nunca hubo amenazas. Un día pasaron unos aviones que tenían luces verdes y rojas. Al siguiente se oyeron morteros, y ya en la tarde entraron y mataron a la gente. Si nosotros hubiéramos sospechado que nos iban a masacrar, nos hubiéramos ido de allí. Creyeron que nosotros colaborábamos con la guerrilla, pero ni los conocíamos. No había de esa gente allí.

Después de seis meses fui recuperando mi vida.

Encontré a la otra hija que tenía, que ya era casada y vivía en otro lugar. Si hubiera vivido conmigo también hubiera sido masacrada. Siquiera uno de mis hijos había quedado. Empecé a comer, mi hija lloraba junto a mí para que comiera y tuviera ganas de vivir. Después estuve en Colomoncagua por siete años y me volví para acá. Allí estuve mejor. Una no deja de sentir el dolor por sus hijos, pero ya dentro de una comunidad se siente un poco más tranquila. Más tarde tuve a la otra niñita, que es la que me consuela ahora. Comencé a tener amistades y a tener fortaleza. Al ver la injusticia que habían hecho con mis hijos, yo tenía que hacer algo. La que me daba más sentir era la niña de ocho meses que andaba de pecho. Me sentía los pechos llenos de leche, y lloraba amargamente. Empecé a recuperar mi vida, me integré a trabajar con la comunidad y estuve seis años allá. Me sentía más fuerte porque compartía mis sentimientos con otras personas.

Todo fue un error. Nosotros vivíamos de la agricultura, de trabajar; habíamos estado moliendo los cañales, haciendo dulces. No creíamos que podía llegar una masacre a ese lugar, porque allí no había guerrilla. Quienes habían estado eran los soldados. Apenas hacía un mes que habían salido. A un señor que se llamaba Marcos Díaz, quien tenía una tienda, dos días antes de la masacre le habían dejado pasar camionadas de alimentación.

Siento un poco de temor al hablar de todo esto, pero al mismo tiempo reflexiono que mis hijos murieron inocentemente. ¿Por qué voy a sentir miedo de decir la verdad? Ha sido una realidad lo que han hecho y tenemos que ser fuertes para decirlo. Hoy cuento la historia, pero en ese momento no era capaz; se me hacía un nudo y un dolor en el corazón que ni hablar podía. Lo único que hacía era embrocarme a llorar.

La feria criolla de Chilpancingo

(DE CUANDO EN LA ARTESA DEPARTIERON LA CHILENA COSTEÑA Y EL SON DE TIERRA CALIENTE AL RITMO DEL ARPA)

aunque la corrección es meditada,
no así la producción
R. M.

En marzo de 1939 Rubén Mora escribió, o cuando menos concluyó, el poema Canto criollo, dedicado “a la feria de Guerrero en Chilpancingo”. Consta de diez sonetos de arte menor, compuesto por versos octosílabos, y es un espécimen de los llamados poemas vernáculos, según admite el mismo autor.

Originalmente, criollo es el negro que ha nacido en América, por oposición al negro venido y nacido en África. Criollo o créole; al parecer su uso comienza en las Antillas. Luego se aplicaría a los hijos de españoles y franceses nacidos fuera de la patria de los padres y sin mezcla de otras razas; aunque tal connotación ha caído en desuso, ha quedado confinada a añejas explicaciones sobre las historias patrias criollas americanas.

En la Costa Chica —donde se ubica Cuauhtepac, lugar de nacimiento de Mora— se utiliza para designar a lo nacido en esas tierras por oposición a lo que viene de afuera, a lo frastero. Hay mango criollo, chile criollo, melón criollo, sandía criolla, maíz criollo, perros crio-

llos, etc.

El canto de Mora inicia aludiendo al color, al de nuestras mujeres, las criollas, precisamente, aunque aquí lo aplica a Chilpancingo:

¡Feria de luz y alegría!,
morena feria de amor,
morena por tu color,
morena porque eres mía.

Sentado el precedente de negrear a ciudad tan pretendida de blancura y aristocratía, atribuye acendrado erotismo a La Feria de sus amores y se apodera de ella cuando

de tu boca de sandía
voy a beberme el sabor,
que me matan de calor
tus ojos de medio día.

Seductora mujer, dulce y caliente y luminosos ojos. Sirena, además, y aventurera, la disipadora de la pena.

El segundo soneto sienta las bases para el estilo de casi todos los versos consecuentes: la geografía regional humanizada. O como expresa uno de sus alumnos que se dice dilecto,

Juan Pablo Leyva y Córdoba: “Las ciudades revelan sus bellos secretos al (sic) través de la palabra del poeta”.

Mora atribuye bellos y no tan bellos secretos y no tan secretos a los lugares que canta, propongo:

Como una fiesta pagana,
luce Taxco en tus aretes
y te besa los cachetes
con besos de filigrana.

Acapulco se engalana
con sus líricos ribetes,
poniendo en tus brazaletes
las perlas de su Bocana.

Gentil sanmarqueña guapa
que te vistes de acateca,
va tu gracia cuautepeca

por el margen del Huacapa
y te arreboza Chilapa
con brisas de Amojileca.

Y los tales bellos secretos que identifiquen a cada ciudad, pueblo o localidad no aparecen, a pesar de los besos de filigrana, los líricos ribetes, las guapuritas, las gracias,

los arrebozos y las brisas. ¿O acaso alguien recuerda a Taxco cuando escucha la expresión –si existiera– besos de filigrana, por ejemplo?

En el tercio soneto aparece la quijotesca Iguala, con su florida tradición histórica, (a) la trigarante divisa, haciendo resplandecer el pecho de la enaltecida –o sea La Feria– y en agradecimiento por el piropo –que no se sabe cuál es o no lo sospecha este lector de poetas guerrerenses– de ser moteada,

le ha pagado una sonrisa
que sabe a chicozapote.

Sonrisas de primavera
como flores en dislate,
mariposas de zoyate

que riegas por dondequiera,
han tejido la químera
del iris de tu petate.

Y se dilata en sus dislates el poeta, con tal de rimar sus de zoyate mariposas, que suena casi bonito pero dibuja una imagen desbonita.

Y ya en la cuarta estructura soneteril, Mora deja de interlocutar con doña La Feria para sacar de paseo al costeño que lleva dentro, uno muy fachoso, por cierto, y en caballo de hacienda –aclarándose en este punto que fachoso nombra al presumido, a quien le gusta en demasía mostrar su facha, su fachada–:

Tengo una yegua retinta
que he mercado en Juchitán,
un sombrero de Acatlán
y un ayuteco de cinta.

Es una culebra pinta
la tinta de mi gabán;
se la robé a Petatlán
en una feria distinta.

Sobre la verde mantilla
de una esperanza barata
llevo pendiente una reata

de fibra de lechuguilla,
que en los tientos de mi silla
parece un rollo de plata.

Una de varias: o la poesía comienza a tejer imágenes o el aedo sólo ensarta palabras para mejor musicar sus versos, con el riesgo de estupefactar a este lector, porque si no, ¿cómo entender eso de la tinta de mi gabán?; o será que el poeta escoge palabras para fachosear ante uno y hacer como que tiene sus palabras domingueras que, en realidad, no lo son. El prurito poetril ocurre ante: la tinta del gabán que es una culebra pinta, la feria distinta –¿Es infiel don Rubén a la su Feria de Chilpancingo?–, los tientos de su silla de montar. Parece que no



se anda con mucho tiento ni moderación ni mesura el aedo-caballerango Mora.

Quinto:

Primor de luz de lucero,
lunada de luna llena,
estrella de nochebuena
del estado de Guerrero.

Tienes un gusto de acero
que le dio muerte a mi pena,
porque en mi tierra morena
el dolor es extranjero.

Mi pobre espíritu renco,
que siempre vivió de ensueño,
se ha vuelto alegre y risueño,

y en la silla de su penco
carga un cariño mostrenco
que anda buscando a su dueño.

Aquí se delata nuestro poeta paisano: escribe renco en vez de renco para lograr una rima consonante perfecta, es evidente y apuntala la opinión dada: le importa más el sonido que la corrección, las imágenes y hasta la poesía. ¿Será que para el moreno Mora, extranjero del dolor, en poesía importa más el sonido que el sentido o las asociaciones e imágenes sugeridas?

Regresa en el sexto sonetito al estribillo de La Feria y agrega una denuncia:

Ometepec no sabría
soñar un sueño mejor,
aunque ha sido soñador
de sueños de fantasía.

Seguro que no sé a qué fantasías de qué sueños se refiere Mora, aunque las interpretaciones de estos versos pueden ir desde lo lírico hasta lo político, pasando por lo psicoanalítico. Y sigue, ya en otra cazuela, cocinando su poema:

¡Qué bonito es Chilpancingo
cuando sales de paseo!
Al bajar de San Mateo

la mañana del domingo,

hasta el agua de Apancingo
se embellece si te veo.

Y ahora entiendo porqué la ciudad capital no me parece bonita: como nunca ando de paseo ni siquiera por San Mateo, menos por Apancingo.

Soneto séptimo y no cabalístico:
regreso de Mora a la adulación de su amada, La Feria de Chilpancingo:

El toreo es un fandango
a donde tus ojos van
persiguiendo el loco afán
de olvidarse de su rango.

Allí anda Quechultenango
en su caballo alazán,
y hay toros de Mochitlán
y novillos de Zumpango.

Cuando vas a Colotlipa,
bajo tardes nazarenas,
con su encanto te enajenas

y la pena se disipa
naufragando en la chiripa
del Río Azul de mis venas.

Y recurre a atribuir cualidades a pueblos, ríos y demás locaciones que se le antoja nombrar, y sí, me parece que sí, que anda naufragando en la chiripa de las palabras, porque así le salen los versos, como de chiripa. Y de que suenan, suenan.

Igual el octavo: no se entiende qué es eso del artificio tixtleco. De nuevo le gana la necesidad de nombrar cada pueblo, región o gentilicio, en su misión de inventariar su visión geográfica del estado:

Si vamos bajo la luna
de un artificio tixtleco
veremos quemarse en fleco
la rueda de la fortuna.

La noche parece una
laguna azul de embeleco
y hay un bajo tlapaneco
que canta en esa laguna.

Y hay un arpa que se empeña,
con un empeño creciente,
en presentar a la gente

sobre una artesa pequeña
a la chilena costeña
y al son de Tierra Caliente.

Nueve y penúltimo “sonidito” cuasi lírico, con todo y sus rimas internas y externas:

En la noche hay un derroche
de tenues notas amargas,
y son dos miradas largas
los dos fanales de un coche;

mientras desatan el broche,
de sus pupilas letargas,
Margarito Damián Vargas
pasa tocando en la noche.

Sobre pisadas descalzas
se ha marchado la boruca.
La luna prendió a su nuca

collares de perlas falsas,
y yo, camino del Balsas,
te llevo rumbo a Coyuca.

No existe la palabra *letargas*, ha de advertirnos el poeta, y se acepta y se aplaude. La rima por encima de la cima de la poesía o lo poético, con tal de ensartar a don Márgaro en este soneto.

El diez es fin, y no lo dijo Pitágoras. En efecto, la construcción de algunos versos es atroz: *se me fueron a escapar* atenta contra la sintaxis, y más porque se trata de “el ave cantora de Guerrero”, como lo califican sobre todo discípulos suyos; peor con para poderse robar. Aquí sí se robó don Rubén Mora, no el corazón de la feria, sino la decencia poetril y no se cree que pueda espantar la miseria sino el gusto por la lectura de sus poemas. Claro que algunas de sus figuras pueden prefigurar el futuro de alguna corriente poética por nacer—digo, ya de perdida—, al menos eso justificaría la existencia de las emociones de mi arteria provocadas al leer este poema que ensalza a La de Chilpancingo Feria.

e. añorre



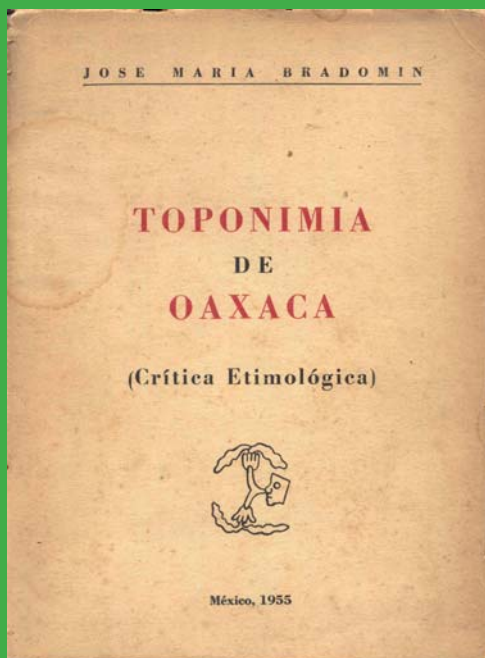
AUTORETRATO CON ÁIAX

DOSPALABRAS

Creo necesario entrar en algunas consideraciones que seguramente no estarán por demás para la mejor inteligencia de esta obra, la cual no tiene, en esencia, más que dos finalidades: conservar y dar a conocer el significado de los nombres geográficos nahoas de nuestros pueblos, desconocidos para la generalidad, y establecen, hasta donde ha sido posible, la autenticidad etimológica. A esto debo agregar el hecho de ser la misma obra una suma o recuento estadístico, aunque imperfecto, de los centros de población, hasta los más pequeños, que componen el Estado de Oaxaca distribuidos en la presente conforme a los distritos a que pertenecen para facilitar la localización respectiva y evitar repeticiones continuas sobre su ubicación. En este orden aparecen las rancherías, cuadrillas, municipios y agencias, etc., a las que se ha agregado entre paréntesis el municipio al que pertenecen, siendo necesario señalarlas en esta forma en vista de que en cada distrito y aun a veces en un mismo municipio, hay poblados con igual nombre.

Fruto de muchos años de labor, de ardua búsqueda e inquisición constante es esta obra. Y sobre todo, fruto de un antiguo propósito, de un irresistible interés por el enigma que para mí representan los viejos nombres aborígenes, interés que un principio quedó satisfecho cuando eso que se llama azar puso en mis manos un ejemplar de "Nombres Geográficos Indígenas del Estado de México", del Lic. Cecilio A. Robelo, quien me proporcionó los primeros elementos para la realización de esta tarea crítica que intenta, como indico, establecer la autenticidad o verdad etimológica que, con perdón de tan ilustre oaxaqueño, no campea en las interpretaciones que del nahoá hizo al castellano el Sr. Manuel Martínez Tracida en su "Colección de Cuadros Sinópticos", ni en las del Sr. Cayetano Esteva en su "Geografía del Estado de Oaxaca", ni en otras más que andan por ahí. De aquí que —y entiéndase que para evitar repeticiones e indicaciones en el curso de la presente, esta crítica se refiere única y exclusivamente a las etimologías nahoas, pues las de nuestras lenguas aborígenes locales, salvo excepciones, no me atrevo a discutir— me haya dado a la tarea de intentar la rectificación de las etimologías conocidas hasta hoy, a las que he de agregar otras no traducidas, para lo cual, y puesto que una crítica de esta naturaleza no se hace así como así, aparte de los valiosos elementos que me proporcionan las obras del Sr. Robelo —verdaderos tratados de lengua mexicana— tuve que emprender una necesaria y acuciosa búsqueda en todas aquellas obras que, relacionadas con esta materia, como los no menos autorizados Vocabularios de Fray de Alonso de Molina y Chimalpopoca Galicia, y otras aquellas relacionadas con el idioma nahuatl, pudieran proporcionarme mayores datos al respecto, supliendo en esta forma mi falta de conocimiento del lenguaje mexicano, al que pertenecen gran parte de los nombres de los pueblos de Oaxaca.

No estará por demás encarar las dificultades de esta empresa en la que, cualquiera que la hubiera emprendido, tropezaría con serios factores



negativos, entre ellos el tiempo transcurrido desde los remotos días en que nuestros pueblos recibieron su bautizo secular, y la falta absoluta de los propios caracteres ideográficos; como los nahoá, aun cuando conocieron el valor y el empleo de los signos fonéticos con que un poco antes de la Conquista comenzaron a substituir sus antiguos símbolos pictórico-ideográficos, usaban generalmente la escritura jeroglífica, el jeroglífico sería en este caso un documento irrefutable en la autenticidad de la etimología; pero por desgracia no se puede contar con esa auténtica fuente de ilustración, la que además sería necesario saber interpretar y, por otra parte, se presenta también la dificultad de que haya nombres, ideas o palabras que, por su sentido abstracto, no se puedan expresar por medio de la escritura jeroglífica y que, por lo tanto, y refiriéndonos a los nombres geográficos exclusivamente, sólo han podido conservarse de viva voz, pero a través de los cientos de años transcurridos los vocablos y los nombres indígenas han venido adulterando su estructura primitiva, de manera que la tradición oral no puede inspirar confianza.

Sin embargo, esta última dificultad no ha sido del todo insuperable, puesto que, habiendo acudido al auxilio de aquellas obras relacionadas con las más antiguas fuentes del idioma nahuatl, —cuyas formas primitivas han llegado hasta nosotros gracias a la acción salvadora de los misioneros españoles— he logrado en muchos casos restituir a los vocablos y nombres deformados su estructura original, sin la cual sería imposible la interpretación exacta de los mismos, interpretación ésta en la que, por su misma índole, no tienen cabida las divagaciones de la fantasía sino el sentido de lo verosímil que debe buscarse en la traducción literal de los vocablos. Por fortuna, la tarea se vió simplificada por el hecho de que los nombres nahoas aquí traducidos no presentan el complejo analítico o de doble sentido de los nombres hagiográficos, cronológicos o mnemónicos de algunos de algunos sitios y poblaciones del antiguo Valle del Anahuac, sino que se refieren a ciertas particularidades fisiográficas locales, pues los nombres del lugar impuestos por los mexica casi siempre correspondían a un accidente geográfico o especial de la localidad designada.

Debo concluir manifestando que, dada la índole de la materia, en algunas ocasiones tuve que verme en la necesidad de pasarme por alto las correspondientes interpretaciones de algunos nombres, pocos, por suerte, por el temor de incurrir en error, ya que en estos casos fue imposible restituir a los nombres su estructura primitiva, y, por consiguiente, imposible también establecer la etimología verdadera. Pero, no obstante esto, tengo la pretensión, dicho sea sin hipérbole, de haber resumido en esta obra, si no lo más completo, si lo más extenso en lo que a nuestra entidad se refiere sobre etimologías nahoas, pues estas se extienden aun a aquellos lugares y sitios no habitados que conservan nombres indígenas.

JOSÉ MARÍA BRADOMÍN